



Testamento que ordenó el serenísimo señor Don Juan de Austria (segundo de este nombre) y fervoroso acto de amor de Dios que antes de recibir al divino Sacramento hizo su Alteza; y despedimiento amoroso de su hermano Don Carlos II, con lo demás que verá el curioso.

Olvidado de la muerte,
aunque con mucho temor,
propio amor de mi aparato
en su apariencia ó vision.
Movido del interés
que me dicta mi afición,
contar quiero en breve espacio
una capaz relacion,
que el príncipe Don Juan hizo,
de Austria, que ya falleció,
estando enfermo en la cama,
algo falto de vigor;
mas hallo cosa imposible
darle la ponderacion
en la esfera que merece,
siendo tan rústico yo,
y de mediana razon.
Mas yo me pienso valer
de la que es Madre de Dios,
de Maria, rosa impecable,

que Atocha el título dió,
que llevándola conmigo
caminaré sin temor;
como norte soberano
y esclarecido farol,
me sacará de este empeño.
Suene la tremenda voz,
sin miedo rasgue mi pluma;
note el curioso lector
estas ignorantes letras
que ellas dirán lo que soy.
Año de setenta y nueve,
de Agosta à los veinte y dos,
con unas tercianas dobles
malo el Príncipe cayó
de accidente tabardillo;
y no hallando aplicacion
Galeno en su medicina
para darle evacuacion;
mucho la corte lo siente,
que es cosa de admiracion,

y las Descalzas reales
se han echado en oracion,
pidiendo á Dios que le dé
lo que convenga mejor.
A treinta de dicho mes,
que arriba se refirió,
tuvo un susto muy terrible;
fue, que una muger entró
por puertas de su palacio
armada con un reloj,
y Don Juan cuando la vido,
casi perdido el color,
y demudado el semblante,
le dice: muger, quién sois?
que en solo verte la cara,
temblando estoy de temor.
La muerte soy, le responde,
que por mandato de Dios
vengo á hacerte una visita
que importa á tu salvacion;
confiesa y rige tu alma,
que ya el plazo se cumplió.
Como un azorado tiembla
al oír tal peticion.
Alborotóse la corte,
y ha dicho con alta voz:
no se alboroten, señores,
que ya el Príncipe acabó:
pónganle un altar delante,
y tráiganle un confesor.
Un altar aderezaron
con grandísimo primor,
pusieron á San Francisco,
el que es precursor del sol,
la Virgen y un Santo Cristo,
con que el altar se adornó.
Se retiraron los grandes,
solo el enfermo quedó
con el eminente padre
fray Diego de Pertiñon,
del seráfico Francisco,
muy docto en su religion.
Confesó generalmente,
y luego al punto pidió
el divino Sacramento,
para asegurar mejor
el viage que pretende,
que es menester prevencion.
Vino Dios á visitarle
con música y resplandor,

y antes que lo recibiera
hizo un acto de contricion.
De rodillas en la cama
estas palabras habló:
Rey de reyes siempre eterno;
¿pues cuándo merecí yo
que esta visita se le haga
á un mísero pecador?
Siendo yo la criatura,
vos el supremo Criador:
yo mortal, vos inmortal,
yo nada, vos sois quien sois,
pues de los cuatro elementos,
engendrado de los dos,
de tierra podrida y agua,
vino el aire y derribó
aquella fábrica humana,
llena de culpa y horror,
solo el fuego es el que falta
en mi leal corazon,
con las luces de tu gracia
quedaré caliente hoy.
Perdon te pido mil veces,
con gemido y con dolor;
como supe yo ofenderos,
sabreis perdonarme vos.
Mas ay mi Dios! no soy digno,
ni menos merecedor,
que entre en mi pobre morada
tan soberano Señor.
Recibió aquel pan de gracia,
y luego al punto llamó
á su señora la Reina,
hija del Emperador,
muger que fue de Felipe
cuarto, que ya falleció;
vino en fin la Reina á verle:
cuando se vieron los dos,
humildemente se piden
el uno al otro perdon.
Llamó á Don Carlos segundo,
Rey de Castilla y Leon,
Monarca á quien guarde el cielo
para nuestro defensor;
vino su Magestad á verle
con muy grande ostentacion,
acompañado de grandes,
los de la llave y toisón,
y Don Juan cuando lo vido,
mucho de verlo se holgó;

quiso besarle la mano,
y el Rey los brazos le dió.
Cómo se halla vuestra Alteza?
El enfermo respondió:
esto es morir sin remedio,
sin que tenga apelacion;
que el morir para vivir,
no le llamo morir, no;
que esta transitoria vida
es una sombra ó vision
para la eterna que espero,
en quien confiado voy.
Volvió el rostro á un Santo Cristo
y dijo: gran Redentor,
por esa muerte de cruz,
y por el mar de pasion
que por los hombres pasasteis
para darles redencion,
pido le des á Don Cárlos
el fruto de bendicion
en su real Monarquía,
como reluciente sol,
y le libres de traidores,
y le deis buen galardón,
y en aqueste casamiento
vaya de bueno á mejor.
Hermano, lo que os suplico,
que escuchéis con atencion,
y mireis por vuestra España,
que es el escudo y blason,
y lauro de la corona
que vuestro padre os dejó;
y la militante Iglesia
que os corre de obligacion.
Volved por la santa Fé,
vigilante y velador,
defendiendo el Evangelio
como de la Fé farol.
Hermano, si yo os viviera
por consejero mayor,
seis años siquiera, ó menos,
yo os dijera quien soy yo.
Y si no dígalo el orbe
en lo aplaudido que estoy;
no mercedes que me hizo el cielo
Nápoles tiembla de mí,
Mecina de mi furor.
África de mis banderas,
Hungria de mi rigor,

de mis clarines Holanda,
y Francia de mi bastón,
de mi espada Portugal,
pero en sabiendo que yo,
de Príncipe vuelto en polvo,
ya dormirán sin temor.
Tráiganme acá un secretario
sin ninguna dilacion,
que hacer quiero testamento,
y disponga luego Dios
lo que su voluntad fuere,
que siempre aguardando estoy
aquel lance temeroso
de la muerte y su rigor.
El Rey que atento escuchaba,
enternecido quedó,
y en lo interior de su pecho
á los ojos le prestò
aljófar y perlas finas,
que las alfombras regó.
Tomó el oficial la pluma,
hizo la cruz, y empezó:
En el nombre de Dios Padre,
Criador y Salvador,
comienzo mi testamento.
Pongo en el primer renglon;
y digo: Yo don Juan de Austria,
sobrino del que pasó,
primeramente le mando
el alma á quien me la dió,
el cuerpo mando á la tierra,
pues que de ella se engendró,
como remanente de ella;
vuelva á entrar donde salió.
Cuarenta mil misas mando
por mi almà y mi intencion:
y ante del cuerpo presente,
me dirán de Concepcion
diez y ocho por mi alivio,
y de *requiem* treinta y dos.
Antes de mi enterramiento
me saquen el corazon
y á Zaragoza lo lleven,
y en el Pilar ó escalon
á las plantas de la Virgen,
allí le den posesion.
Y mis tripas muy inmundas
lleven á San Salvador,
se les dé un alojamiento
de toda satisfaccion.

Y mi cuerpo al Escorial,
á las urnas que ya son
descanso de sus fatigas,
y de los Reyes panteon.
Cuatro millones que se hallan,
que tengo de caudal hoy,
de estos le mando una joya,
de precio tenga un millon,
á mi señora la Reina,
muger del que me engendró.
Y otra joya muy costosa,
de mucho precio y valor
mando le den á mi hermana
la Reina á quien guarde Dios,
en compañía de mi hermano,
en matrimonio y union.
A la poderosa Virgen
de Zaragoza le doy
seis mil ducados en plata,
diez mil á San Salvador;
cuatro mil á la de Atocha,
que son de mi devocion.
Su Ilustrísima en Sevilla,
con dos letras me pidió
ciento y setenta mil pesos:
se los presté y los gastó
en pan con pobres mendigos,
no los pido, porque son
escalones para el cielo,
y en la tierra paz y union.
Al de Toledo otros tantos
presté, y en esta atencion
no pidan á nadie cuenta,
porque á pobres se les dió.
Y lo demás que quedáre,
hecha la reparticion,
por legítimo heredero
dejo á mi hermano, y le doy
de San Juan el Priorato
de Malta en la religion,
con cincuenta y seis lugares,
los de mi jurisdicción.
Digo á todos los oyentes,
que ahora presentes sou,
si les ofendí algun tiempo,
á todos pido perdon.
Tenga silencio la pluma,
traíganme la Extrema-Uncion,
que estoy mirando el cuchillo,

que á mi cuello amenazó.
Recibió la uncion divina,
con un santo Cristo habló:
misericordia, Dios mio,
porque ya acabando estoy,
y tengo fletado el barco
para mi navegacion,
no permitas se despeñe,
ni tenga tribulacion.
Si entrare por mis pecados
en cárcel de mi prision,
á costa de vuestra sangre
yo buscaré un fiador
que me saque de este empeño,
libre de toda afliccion.
Si son tres los enemigos
que me dan la acusacion,
que es mundo, demonio y carne,
por esos tres clavos son
los que miro en mi defensa:
por eso me valdré yo
de aquellas siete palabras
que desde la cruz cantó
esos labios soberanos
al Padre con alta voz,
commendo spiritum meum,
en vuestras manos, Señor.
Y vos, poderosa Virgen,
escogida en perfeccion,
Maria llena de gracia,
Madre del Verbo Criador,
á vuestra pura limpieza
hoy apela un pecador
que entra en vuestro rogatorio,
sirviendo de relator,
para que mi pleito vaya,
siempre de bueno á mejor.
Con esto cerró los ojos,
falto de respiracion;
en diez y siete de Setiembre
á Dios su alma entregó.
Lágrimas dá Zaragoza,
rogativas dá Aragon,
perdon le promete España
y el gran reino de Leon.
Dios le haya dado su gloria;
y á nosotros nos dé Dios
paz y concordia en la tierra,
y el reino de salvacion.